

Francisco Arenas Dolç (ed.) *Retórica y democracia. Perspectivas críticas sobre el estado de la investigación*, Valencia, Institució Alfons el Magnanim, 2012, 371 pp.

A más de treinta años de distancia del asentamiento de la democracia en España algunas voces se alzan reclamando una depuración de las adherencias que se le han ido incrustando en el engranaje de sus instituciones. Tal vez hoy lamentamos el descuido de la tendencia a la recuperación de la retórica parlamentaria en los primeros años, en los que el cuidado de la presentación de propuestas, del diálogo público entre opiniones diversas pretendía establecer una costumbre de respeto del lenguaje y de las formas expresivas.

Por eso el libro que presentamos es ante todo una llamada de atención sobre la función de la retórica en el cuidado de una democracia sana y útil para una adecuada gestión de los asuntos públicos. No solo la falta de argumentación, los titulares llamativos sin fondo argumental, y el adelgazamiento del vocabulario político desvirtúan el intercambio de ideas, sino sentencian por adelantado toda posibilidad de aceptar la posición de los que piensan diferente. Ciertamente es más fuerte el mal ejemplo de los políticos que presumen de demócratas y dan la espalada a los ideales que defendieron otros de buena fe. Pero salvada la coherencia entre lenguaje y comportamiento, el primero debería ser considerado una preferencia obligada de la convivencia social y de la actividad política.

En las primeras líneas del estudio preliminar se presenta la democracia bajo el rasgo de la cooperación. La diferencia entre el enfrentamiento dialéctico y la cooperación es evidente. El diálogo que ahonda en el conocimiento mutuo se enriquece en un grado superior con la cooperación que reconoce el valor de las diferentes personas y agentes sociales que presentan sus propuestas en la lealtad a un objetivo común. Sin duda este ideal ético no puede estar vacío. La educación en el respeto es todavía una asignatura pendiente en nuestra sociedad en la que muchos se consideran con derecho a atropellar a los demás. Por eso la aportación de este libro, desde la atalaya de la institución que lo publica, debe alcanzar los espacios y las mentes de los que todavía creen en los recursos de nuestra sociedad para construir una estructura de convivencia más sólida y resistente en el mar de intereses que, amparados en un reclamo de adaptación a la modernidad, rompen contra las más firmes convicciones.

El concepto de humanismo cívico que se comenta en sus páginas supone una recreación de un ideal de ciudadano participativo, que confía en una red de relaciones institucionales a la medida del hombre, permeables a las cambiantes situaciones que puedan sobrevenir. Pero para contrastar esta idea, el libro nos ofrece el contraste de aquellos fundamentos del desarrollo de la retórica que se encuentran en la Antigüedad. La Atenas clásica o la oratoria ciceroniana se erigen con un nuevo perfil para guiar nuestra reflexión sobre los problemas contemporáneos de nuestras democracias. Desde

el punto de vista filosófico, la retórica ofrece una interpretación de la vida y del vivir (Jesús Conill) emergiendo de la poetización intrínseca, de la poetización vital. José Luis Ramírez corrobora esta aproximación a la capacidad humana para la retórica hasta la dimensión del ser humano como animal retórico. Si se trata de una realidad del ser humano, no es extraño que nos remontemos más allá en el tiempo y más lejos de los espacios de la Hélade antigua para encontrar esbozos de los valores que sostenían la autoridad del consejo de algunos miembros de la comunidad, cuyas consecuencias se trasladaban generación tras generación desde la invención de la literatura escrita en el IV y III milenio. De estos escritos deduce Luis Folgado Bernal las normas de preparación oratoria en Sumer.

Para el mundo griego, la habitual contundencia con que Francisco Rodríguez Adrados defiende la actualidad del primer impulso democrático europeo en la cuna de la civilización griega, se expresa de nuevo cuando recuerda la época de lealtad en la que no había “un hueco para extremistas y revolucionarios ni para independentistas”. Tal vez en la deriva de nuestras democracias del siglo XX, no preparadas para contener las enormes injusticias sociales resultantes de las catástrofes y de las desigualdades han forzado la entrada patente a los defensores de los perjudicados por esos agravios. Una sociedad justa no necesitaría recordar los desastres del pasado. Sin embargo, el profesor Adrados explicaba muy bien la traición a los ideales éticos de la Atenas clásica que condujo a la derrota de la Guerra del Peloponeso y a la pérdida de la libertad de Grecia. La crítica de los grandes autores del teatro clásico podría haber evitado tales calamidades si hubiera sido escuchada. Precisamente en este género se desarrolló la argumentación y el uso del lenguaje en la discusión de posturas enfrentadas. El mensaje de este capítulo recuerda cómo el error humano, que no es un problema exclusivo de la ideología democrática (aunque sin duda lo que se entendía por democracia en la Antigüedad tiene importantes diferencias por lo que conocemos hoy con ese nombre) suele ser olvidado y no se corrige.

La deliberación política, que no es el constante en los medios de comunicación “sentarse a negociar”, implica una preparación de los que intervienen en el debate para discutir la propuesta anunciada. De ahí que el profesor Arenas Dolç recurra a los pasajes del teatro griego para replantear en otra dimensión este diálogo necesario. Sin embargo reconoce esas diferencias de mentalidad y situación del individuo en el cuerpo social que eran propios de aquella antigua comunidad helénica, superados en nuestros días (argumentos de superioridad racial, oligarquía militar, preeminencia del discurso judicial sobre el deliberativo). Pero también advierte de otras condiciones del hombre actual, que desconfiaba de sí mismo, que obtiene una información confusa y tendenciosa sobre cuestiones que le afectan, que no se cree suficientemente capacitado para decidir lo que trasciende a otros, frente a los que a veces, desconocedores de esta larga evolución democrática, buscan en nuestro mundo un poder omnímodo como antaño.

Miguel Herrero de Jáuregui escribe un capítulo encabezado con la inquietante pregunta sobre la culpa. Un tema propio del teatro y de la cultura clásica griega que está tan enraizado en nuestra manera de vivir que desde niños buscamos causas y

culpables para sentirnos seguros de los límites de nuestra responsabilidad. Más acuciante todavía sería para nosotros la culpa heredada, que nuestro individualismo y descargo de conciencia pretende olvidar para siempre como índice de las costumbres atrasadas o de las comunidades definidas por lazos de sangre y no por el libre albedrío. En efecto, en las sociedades antiguas este concepto tenía una indudable utilidad política: la amenaza a los descendientes era una garantía de legitimidad constitucional y de estabilidad, no solo un mecanismo de exclusión y un recurso de prevención de la venganza.

La síntesis admirable de la madurez de la cultura helénica y de la perspectiva práctica romana que logró expresar Cicerón en su producción intelectual se interpreta desde la retórica, la literatura y la filosofía con la agudeza de Jaime Siles. De la parte técnica del estilo discute la distinción del aticismo según la perspectiva meditada de los críticos. El aprovechamiento del vocabulario técnico literario por los teóricos romanos del estilo y por Cicerón en defensa de su forma de expresión y como historiador de la retórica romana es solo una muestra de la diversidad de posturas que una rápida lectura (si no apresurada) de los manuales no podría descubrir.

En Roma se asumen y sintetizan los principales recursos oratorios, una vez superado el tamiz de la ética pública. De ahí esa distancia respecto a la sofística que destaca Jorge Tárrega en su análisis de la preceptiva para valorar la admisión de la mentira como recurso en la oratoria romana. Los valores de la retórica deliberativa quedan a un lado a la vista de la práctica declamatoria que mostraba de otra manera la competencia en el ejercicio de la literatura no escrita desde antiguo. Representan otra faceta de la técnica de la expresión en público transmitida por la costumbre, ceñida al ejercicio constante de entrenamiento para depurar la *actio*, agilizar la memoria y variar el tono reinterpretando los textos. La perspectiva de Esteban Bérchez completa esta mirada a esta práctica.

La retórica de género judicial no queda marginada en estos estudios, sino que David Ros se interesa por la posibilidad de hablar en el senado republicano y en sus tribunales ante la sospecha de que algunos agentes destacados practicaran el obstruccionismo para favorecer los intereses de cierta facción. Xaverio Ballester sugiere la posibilidad, fundada en “concordancias lingüísticas”, de que el *Diálogo de los oradores* se pudiera deber al genio de Quintiliano.

Un buen conocedor de la literatura, el humanista Juan Luis Vives parece moderar con su enseñanza la aplicación de la retórica a sociedades mucho más complejas que las antiguas. Estos humanistas abrieron camino al debate ético posterior con Guianbattista Vico y Hobbes sobre la autonomía del individuo respecto del Estado, una construcción que se iba afianzando de manera inevitable en el progreso de los pueblos. Por eso el estudio de Björn Hammar se complementa con los análisis sobre el auge contemporáneo de los medios de comunicación, impregnados de una cierta práctica retórica adaptada a la sociedad de masas, de Michael O'Mara y Lola Bañán.

La unidad de esta densa panorámica de la retórica desde puntos de vista éticos, filosóficos, sociales, históricos, críticos y lingüísticos se presenta con gran acierto

tipográfico, que facilita la lectura. El cuidado filológico del editor ha previsto la coherencia del volumen y ha dispuesto un aviso de siglas que refrenda la precisión de la terminología y de las referencias.

Por todo ello considero que este libro brilla con luz propia entre las propuestas actuales para la comprensión de la naturaleza y función de la retórica.

María Asunción Sánchez Manzano